

Vicisitudes de la identidad y el desarrollo nacional

Roberto López Sánchez

*Departamento de Ciencias Humanas.
Facultad Experimental de Ciencias. Universidad del Zulia.
cruzcarrillo2001@yahoo.com*

Resumen

El trabajo analiza la identidad en Venezuela en su desarrollo histórico desde 1830 hasta el presente, y su influencia en el desarrollo independiente de la nación. Se asume la identidad como un proceso de permanente construcción y cambio. Son consideradas las limitaciones presentes para el surgimiento y fortalecimiento de una identidad nacional en los inicios del período republicano. Se enfatiza la ausencia de un proyecto de desarrollo nacional burgués como traba principal para la formación de una fuerte identidad nacional venezolana que aupara este mismo crecimiento. La subordinación histórica ante el capital foráneo de las élites dirigentes desde 1830 hasta 1998, actuó como elemento limitante de la identidad nacional. Se valora la existencia embrionaria de una identidad latinoamericana, específica y diferenciada de nuestras raíces culturales indígenas, europeas y africanas. Es considerado el contexto del mundo globalizado y las amenazas implícitas en los intentos del centro de poder mundial por homogeneizar las culturas de los pueblos sobre la base del *american way of life*. Finalmente, se considera la necesidad del cambio social en América Latina para impulsar a su vez una identidad que fortalezca el camino del desarrollo independiente y soberano de nuestros pueblos.

Palabras claves: identidad, desarrollo independiente, Latinoamérica, Venezuela.

Vicissitudes of national identity and development

Abstract

This study analyzes the historical development of identity in Venezuela from 1830 to the present and its influence on the independent development of the nation. Identity is assumed to be a process in permanent construction and change. Limitations existing on the emergence and strengthening of national identity during the beginnings of the republican period are considered. The absence of a national bourgeois development project is emphasized as the main obstacle to forming a strong national Venezuelan identity that would bring this same growth to power. Historical subordination to the foreign capital of elite rulers from 1830 to 1998 acted as a limiting element on national identity. The embryonic existence of a Latin American identity, specific and differentiated from our cultural indigenous, European and African roots, is valued. The globalized world context and the threats implicit in the attempts of a world power center to homogenize peoples' cultures based on *the American way of life*, is considered. Finally, the need for social change in Latin America is mentioned, to foster in turn an identity that strengthens the road to the independent and sovereign development of our peoples.

Key words: identity, independent development, Latin America, Venezuela.

INTRODUCCIÓN

Una fuerte identidad es imprescindible para hacer avanzar cualquier proyecto de desarrollo, como lo ha demostrado la historia de las grandes potencias que hoy dominan la economía mundial. Pero la identidad en Venezuela ha tenido un desarrollo accidentado a lo largo de nuestra historia patria. Pensamos que las limitaciones presentes en nuestro proceso de crecimiento como país se han derivado de la ausencia de una verdadera identidad nacional, cuya construcción no ha sido promovida por nuestras élites dominantes con la misma fuerza demostrada por las grandes potencias del mundo contemporáneo al hacer avanzar su propio sentimiento nacional.

Aunque nacimos al mundo en un glorioso proceso de independencia, sin nada que envidiarle al de naciones como los Estados Unidos, nuestro desarrollo como país se ha quedado muy atrás en el contexto mundial. Nuestros próceres arriesgaron la vida para construir una gran nación, pero el resultado luego de casi 200 años es muy desalentador. Mientras las 13 colonias inglesas de Norteamérica se independizaron y formaron una sola nación, las colonias hispanoamericanas terminaron formando multitud de pequeños estados nacionales que fragmentaron nuestras capacidades de incidir en el sistema mundial. La ausencia de perspectiva independiente en quienes terminaron siendo nuestros gobernantes al nacer como república, en 1830, y del resto de gobernantes que se sucedieron en el país, condujo al mantenimiento de los lazos de subordinación que se establecieron con el naciente capitalismo mundial durante nuestro período colonial, y la progresiva recreación de estos hacia formas de dominio neocolonial permitió que llegáramos al siglo XXI casi en las mismas condiciones en que estábamos en el siglo XVIII, es decir, siendo un país exportador de materias primas e inserto en la periferia del sistema económico mundial.

Pretendemos recorrer aquí el proceso histórico vivido por nuestra identidad, considerando las limitaciones que han impedido su desarrollo y valorando los aportes de quienes actuaron para que Venezuela se convirtiera en un país independiente y soberano. En este análisis se hace necesario considerar diversas perspectivas sobre la identidad en cuanto a su amplitud geográfica. Dado que en nuestro origen republicano formamos parte de un proyecto de independencia continental, tal como lo concibieron Miranda y Bolívar, el desarrollo de la identidad también se ha vinculado a diferentes espacios, según fueran prevaleciendo el amplio proyecto bolivariano de liberación para Hispanoamérica o el estrecho proyecto republicano de líderes como Páez o Santander.

1. IDENTIDAD Y NACIÓN

Al hablar de identidad nacional consideramos que las identidades son “un fenómeno sujeto a constante modificación y reinvención, y que por lo tanto, es contingente e inestable” (Klor de Alva, 1992:457) (1). Como plantea García Gavidia (1996:11), las identidades se constituyen en las diversas formas de relación entre las personas de los distintos grupos sociales, tanto al interior de estos grupos como en su relación externa con otros de una misma sociedad, o con sociedades diferentes.

Por lo tanto, la identidad no es algo estático ni inmutable. Esta se construye y se modifica de acuerdo con las circunstancias histórico-sociales específicas. La identidad colectiva de un grupo social determinado es el grado de identificación que los individuos miembros de ese grupo alcanzan con los valores culturales fundamentales de él. Por ejemplo, la identidad étnica de los distintos grupos indígenas venezolanos.

Tratamos aquí la identidad nacional, es decir, la identificación de los habitantes de Venezuela con los valores propios de nuestra cultura. Para no extendernos en el análisis del término nación (2), nos interesa particularmente considerar la identidad de los habitantes del Estado-Nación venezolano a partir del momento histórico en que nos constituimos como tal, en 1830.

Obviamente, en el análisis concreto nos vamos a encontrar con muchas paradojas. El concepto de nación o de patria no se ajusta a los límites de los estados nacionales que se formaron en Hispanoamérica en el siglo XIX. La cultura característica de nuestra nación es prácticamente la misma de las naciones vecinas. Por lo tanto, al hablar de identidad nacional de Venezuela nos encontramos con una situación compleja que requiere desmontar los mitos y discursos contruidos desde hace casi 200 años sobre la llamada *venezolanidad*.

2. LA IDENTIDAD EN LA VENEZUELA DEL SIGLO XIX

Cuando Venezuela se constituyó como república en 1830, una serie de elementos influían para que los pobladores de la nueva nación no se reconocieran a sí mismos como parte integrante de Venezuela.

En primer lugar, hay que establecer claramente que el proyecto nacional de nuestros libertadores, y más específicamente el de Simón Bolívar, no se restringía a los estrechos límites de la Capitanía General de Venezuela. En los hechos, Bolívar constituyó la República de Colombia, que abarcaba el territorio de las que hoy son cuatro naciones latinoamericanas: Ecuador, Colombia, Panamá y Venezuela. Su concepto de patria iba mucho más allá de la misma Colombia; “para nosotros la patria es la América”, había dicho en la Carta de Jamaica. *El Libertador* nunca descansó en su lucha independentista e hizo esfuerzos prácticos por formar una confederación de países hispanoamericanos al convocar el Congreso de Panamá en 1826. De todos son conocidos sus planes para inva-

dir Cuba y Puerto Rico y terminar de destruir así el poderío colonial español en América.

De acuerdo con lo anterior, la identidad nacional de nuestros libertadores, la patria por la cual ellos luchaban era toda la América Latina. No había un proyecto nacional específicamente venezolano durante la Guerra de Independencia. La derrota del proyecto bolivariano y el triunfo de los planes localistas de las oligarquías de Caracas y de Bogotá, permitieron la desmembración de la Gran Colombia y el surgimiento de Venezuela como república en 1830.

Un segundo elemento, no menos importante, también conspiraba para que en 1830 no pudiera hablarse de una identidad nacional venezolana. Las distintas provincias de la Capitanía General se habían formado históricamente como regiones agroexportadoras relacionadas con una ciudad-puerto (como Maracaibo, Puerto Cabello, La Guaira, Cumaná y Angostura), que se comunicaban directamente con la metrópoli española a través de sus posesiones en el Caribe y sin que existiera mayor relación e interdependencia entre ellas. Además la misma Capitanía General era de reciente formación (1777), y no había transcurrido un tiempo histórico necesario como para que se construyera una identidad común en sus pobladores.

Para los habitantes del Oriente del país, así como para los de los Andes, el Zulia o la Guayana, Venezuela no significaba patria, no existía un sentimiento de identidad que agrupara sus expectativas sociales, pues hasta ese momento la sociedad colonial tenía en común, principalmente, elementos derivados de su relación con el imperio español (3), mas no elementos culturales nacidos de un intercambio intrarregional inexistente. Las constantes guerras civiles del siglo XIX se explican en parte por la disputa entre las élites de las distintas regiones por intentar hegemonizar la conducción política de la república; la guerra civil oriental de 1834 es un buen ejemplo de ello. Igualmente, las declaraciones de independencia y los intentos separatistas, que abundaron en ciudades como Maracaibo, se explican también en este contexto de disgregación regional de la nación venezolana.

Una tercera circunstancia operaba en los procesos de identidad de la población venezolana: la constitución de nuevas fuerzas sociales como actores decisivos en el proceso político nacional. Durante el período colonial, la mayoría de la población no tenía derechos, como los es-

clavos, o los tenía considerablemente restringidos, como los indígenas y los pardos. Estos tres grupos sumaban más del 80% de la población venezolana a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Esta situación generaba evidentemente una limitación para el desarrollo de una identidad cultural hacia la sociedad colonial dominante; mal podían identificarse los esclavos, indios y pardos con un régimen que los excluía y los explotaba. Pero el descontento social acumulado durante más de 300 años de expoliación colonial explotó simultáneamente con la crisis de la Corona española y los pronunciamientos independentistas a partir de 1810, aunque en las décadas anteriores ya venía manifestándose ese protagonismo popular en la insurrección de los comuneros (1781), en la insurrección de José Leonardo Chirinos (1795) y en las conspiraciones de Gual y España (1797) y de Francisco Javier Pirela (1799).

La Guerra de Independencia en nuestro territorio fue la más larga y la más sangrienta de todo el proceso emancipador latinoamericano. La Guerra de Independencia se manifestó inicialmente como una guerra social en la que se enfrentaban los blancos ricos terratenientes, promotores de la independencia en 1810-1811, contra el ejército de esclavos y mestizos, comandado por José Tomás Boves, que si bien luchaba bajo las banderas del Rey español, en la práctica libraba una guerra racial cuyo objetivo era exterminar a los blancos y su dominio político-económico sobre el territorio venezolano. Más de una década de lucha agotó a la fracción mantuana dirigente del proceso, y *diversas circunstancias obligaron a la oligarquía criolla pro independentista a incorporar a las filas patriotas a los pardos y los esclavos para poder derrotar a las fuerzas militares españolas* (4).

Bolívar y el resto de patriotas solo pudieron contrarrestar esa situación dándoles ellos mismos la libertad a los esclavos y decretando la igualdad de los ciudadanos ante la ley, con lo que se abolían las legislaciones que limitaban los derechos de los pardos en la anterior sociedad colonial. El ejército popular que de allí surgió permitió el encumbramiento de jefes militares que no eran mantuanos, como el mismo José Antonio Páez, y que en muchos casos eran mestizos, como Manuel Piar.

De la Guerra de Independencia surgió una sociedad más democrática, más igualitaria, en la cual la élite dominante se había ampliado con la incorporación de los caudillos militares que ahora tenían grandes posesiones territoriales y eran además los jefes fundamentales de la estructura política del país. La población mestiza y esclava había tenido por primera vez en la historia una participación significativa en los procesos

sociopolíticos y aspiraba a que sus anhelos igualitarios fueran refrendados en la nueva sociedad independiente que comenzaba a erigirse. Como es sabido, esto no ocurrió y *la oligarquía criolla refrendó en 1830 la continuidad del régimen esclavista* y estableció un sistema político que limitaba los derechos de participación a la gran mayoría de la población no poseedora de bienes de fortuna.

Esta situación generó a lo largo del siglo XIX republicano constantes confrontaciones sociales, expresadas en insurrecciones campesinas cuyo punto culminante fue la Guerra Federal, en 1859-1863. *El triunfo del federalismo contribuyó aún más a fortalecer ese sentimiento igualitario del venezolano y a arraigar características sociopolíticas, como la formación popular del ejército*. Aunque en términos económicos el triunfo del federalismo no introdujo cambios estructurales, sí logró ampliar nuevamente la integración de la élite dominante: los jefes de las montoneras federales fueron incorporados al grupo dirigente y hegemonizaron de hecho la conducción política del país hasta finales del siglo.

En lo político, Venezuela estuvo conducida durante el siglo XIX republicano por los generales de la Independencia (Páez, Soublette, Monagas), en primer lugar, y por los generales de la federación (Falcón, Guzmán Blanco, Joaquín Crespo), en segundo término (5). Pocos de ellos procedían del sector mantuano que constituía en 1810 la élite criolla dominante. El grupo social dominante tuvo que ampliar su integración para poder mantener la continuidad de las relaciones de producción coloniales: la esclavitud y el peonaje, vinculados a la agroexportación, bajo control ahora del comercio inglés, fundamentalmente.

3. LA IDENTIDAD FORZADA. EL CULTO A BOLÍVAR

La élite dominante del siglo XIX venezolano tenía la urgente necesidad de consolidar su poder mediante la promoción de un sentimiento de identidad nacional que unificara culturalmente un territorio que, como ya dijimos, tenía un pasado y un presente de autonomía relativa como regiones agroexportadoras vinculadas directamente al mercado mundial. Por otra parte, había que formar esa identidad nacional en cierta forma contra natura: los elementos étnicos comunes a los venezolanos también nos unían con los colombianos, ecuatorianos, peruanos, bolivianos, mexicanos, etcétera. El idioma español, la religión católica, las costumbres heredadas de la España absolutista en su sincretismo colo-

nial con la sociedad autóctona y la mezcla con la población africana esclavizada; el mismo proceso independentista iniciado simultáneamente, dirigido por individuos que se conocían entre sí y que en cierta forma actuaron de común acuerdo (como Bolívar y San Martín): toda una cultura común en Hispanoamérica, de la cual había que forzar el nacimiento de una identidad específicamente venezolana.

El ariete de ese proceso de construcción de una identidad nacional fue la figura de Bolívar y la gesta independentista que él encabezó. Los mismos que habían expulsado a Bolívar del país y hecho fracasar su proyecto político de integración latinoamericana, lo trajeron de nuevo ya muerto, en 1842, para homenajearlo en el Panteón nacional y construir en torno a él un culto que buscaba unificar los sentimientos de todos los venezolanos.

Pero este culto a Bolívar, a los libertadores y al proceso de independencia desvirtuaba el objetivo real que ellos habían perseguido. Su lucha era presentada ahora como el proceso de independencia de Venezuela, obviando que para ellos la patria era toda la América Latina y que su acción política específica intentó construir una macronación, una superpotencia latinoamericana que se enfrentara en igualdad de condiciones con las grandes potencias europeas y los Estados Unidos.

En sentido estricto es una falsedad histórica afirmar que Bolívar es el padre de la patria venezolana, pues él no constituyó a Venezuela como república. La nación que Bolívar creó fue la República de Colombia, y además contribuyó a crear a Perú y a Bolivia. Bolívar y Urdaneta fueron presidentes de Colombia, Bolívar y Sucre lo fueron de Bolivia y Juan José Flores, de Ecuador. Para ellos la patria iba mucho más allá de nuestras actuales fronteras. Pero el culto bolivariano iniciado por Páez y continuado por los sucesivos gobernantes del país se fundó en un pretendido proyecto nacional venezolano que nunca estuvo en la mente de nuestros libertadores.

En este confuso contexto sociocultural y geopolítico se comenzó a conformar la identidad nacional venezolana. En todas las ciudades y pueblos del país se ratificó el culto al padre de la patria, con su respectiva plaza Bolívar y su museo bolivariano. Se establecieron los llamados símbolos patrios: la bandera, el escudo y el himno nacional. Se encargó a Rafael María Baralt la escritura de la primera *Historia de Venezuela*. Los artistas y literatos se ocuparon de difundir las gestas heroicas de los libertadores a través de

pinturas, estatuas, novelas y poesías. Incluso se ocuparon de incluir algunas figuras representativas de las mayorías sociales, como Pedro Camejo (el *Negro Primero*), ocultando la realidad de que su aporte decisivo al triunfo militar independentista fue escamoteado luego de la guerra.

4. AUSENCIA DE UN PROYECTO NACIONAL

Pero el proceso de construcción de una identidad nacional se enfrentaba a la inexistencia de un verdadero Proyecto Nacional de la élite dominante para el desarrollo independiente del país. El objetivo de nuestros gobernantes no fue nunca más allá del afán personal por alcanzar glorias eternas y fortunas inconmensurables. El control comercial de la agroexportación fue entregado en bandeja de plata a las casas comerciales inglesas, alemanas, francesas y norteamericanas, las cuales expoliaban sin misericordia a los agricultores, apoyándose en las leyes liberales aprobadas durante el período paecista. No se diseñó jamás un plan de desarrollo económico interno. Las políticas proteccionistas hacia la agricultura y promotoras de un eventual desarrollo industrial brillaron siempre por su ausencia. Venezuela se mantenía como un simple exportador de materias primas agrícolas, con una actividad productiva muy atrasada técnicamente y con productos principales, como el café y el cacao, que no representaban una importancia relevante en el mercado mundial. La nuestra era una “economía de sobremesa”; lo que exportábamos era el “postre” de los restaurantes europeos y estadounidenses.

Nuestro desarrollo como nación a partir de la independencia puede explicarse recurriendo a los postulados de la Teoría de la Dependencia, surgida en Latinoamérica desde 1960 y que intenta explicar el subdesarrollo de estos países a partir de los análisis marxistas. La Teoría de la Dependencia parte de considerar que el desarrollo del capitalismo en los países industrializados fue simultáneo con el subdesarrollo de los países coloniales o neocoloniales (6). En esta perspectiva, los países subdesarrollados sirvieron en la época colonial de fuente de riquezas que contribuyeron al proceso de acumulación originaria de capital en Europa occidental (Marini, 1973:17), y luego de la Revolución Industrial se articularon directamente con las metrópolis, produciendo y exportando materias primas a cambio de manufacturas de consumo y contrayendo cuantiosas deudas que consumían un significativo porcentaje del presupuesto nacional.

La inserción de América Latina en la división internacional del trabajo del mundo capitalista hegemonizado en ese momento por Europa (y específicamente por Inglaterra), configurará la dependencia como una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia (Marini, 1973:18). El fruto de la dependencia era necesariamente más dependencia, y su liquidación suponía necesariamente la supresión de las relaciones de producción capitalistas en los países subdesarrollados y la modificación de los términos de inserción de dichos países en el mercado mundial.

De esta forma, el subdesarrollo económico de los países de América Latina (y demás países periféricos de Asia y África) se explica debido al desarrollo simultáneo de las grandes potencias del centro industrial capitalista. Ellos se desarrollaron gracias a la explotación de nuestros recursos y control sobre nuestros mercados. Los principales teóricos de la dependencia aún mantienen la vigencia de sus análisis; uno de ellos es el brasileño Theotonio Dos Santos, quien afirma que “la constatación del papel jugado por la deuda externa en la crisis de los 80 (7), y las consecuencias que ha tenido la transferencia de recursos desde Latinoamérica hacia las potencias capitalistas en la limitación de su crecimiento económico y la expansión de la pobreza y miseria de su población”, son ejemplos prácticos de la justeza de los análisis de la teoría de la dependencia (1993:104) (8).

La ausencia de un verdadero proyecto de desarrollo para la nación y la existencia de una élite dirigente subordinada al capital extranjero, tanto en lo económico como lo político y lo cultural, determinó que el proceso de construcción de la identidad nacional no tuviera un desarrollo pleno durante el siglo XIX, como de hecho tampoco lo tuvo en el siglo XX (9), pues las características mencionadas se mantuvieron sin variaciones de fondo. Por supuesto que en esta situación influían también todos los elementos de los que hablábamos al principio: la amplitud del concepto de nación o patria durante la Guerra de Independencia y su posterior restricción a los límites de la Capitanía General; la profunda división social heredada de la sociedad colonial y la disgregación regional del territorio venezolano.

La identidad nacional se promovió en la medida en que esta servía a los intereses de la oligarquía dominante: era elemento de unificación cultural que facilitaba su acción como grupo social hegemónico. Al mis-

mo tiempo, *la existencia del Estado venezolano como tal era un elemento que actuaba espontáneamente como creador de identidad*: el Gobierno centralizado (aun en la época del Federalismo), la legislación común, el desarrollo de las vías de comunicación dentro del país, el intercambio comercial y la migración interna (que implicaba un intercambio cultural), todos ellos determinaban por su propia dinámica el afloramiento de un sentimiento nacional venezolano.

5. PETRÓLEO E IDENTIDAD EN EL SIGLO XX

Con el desarrollo de la industria petrolera en el país, a partir de la segunda década del siglo XX, se modificó toda la estructura socioeconómica venezolana. La nueva sociedad urbana, industrializada en algunos sectores, con relaciones de producción básicamente capitalistas, pero que mantuvo e incluso profundizó los lazos de dependencia con el capital multinacional y las grandes potencias mundiales, desarrolló cambios culturales que aún hoy están en proceso de evolución. La débil identidad nacional se vio afectada por la penetración cultural anglosajona. Una manera fue a través de la presencia en nuestro territorio de las compañías petroleras extranjeras, las cuales en un inicio trasladaron al país cierta cantidad de personal, debido a las carencias nacionales de mano de obra tecnificada. De igual forma, los productos industriales norteamericanos hicieron su entrada en el país, introduciendo la cultura consumista propia del capitalismo. La nueva sociedad de consumo generó un significativo cambio cultural al crearse valores y necesidades ficticias mediante la propaganda comercial y el “efecto demostración” de los nuevos productos y artefactos que invadían el mercado interno. El individualismo y la competencia tomaron posesión absoluta gracias a la influencia determinante de los nuevos medios de comunicación masiva: la prensa, la radio y la televisión.

El petróleo transformó radicalmente a la sociedad venezolana, pero no la lanzó en la senda del desarrollo, sino que aumentó sus niveles de dependencia con relación al capital foráneo, creando profundas deformaciones en lo económico y social y subordinando nuestro desarrollo político a los intereses de las grandes transnacionales petroleras. Tal como afirma Rodríguez Gallad:

El descubrimiento del petróleo en nuestro país trajo consigo el monopolio de este recurso por parte de los grandes trusts internacionales ligados al capitalismo imperialista. Estos han

actuado (...) como agentes de descapitalización, mediatizando nuestra economía, sumiendo a la nación en el subdesarrollo, impidiendo su independencia económica, creando un enorme contraste entre (...) una minoría rica y una mayoría pobre (1974:6).

La economía venezolana pasó de ser agraria a petrolera, pero siempre monoexportadora, ubicada en la fase de crecimiento simple o crecimiento hacia afuera, como exportadora de materias primas. Solo varió significativamente la relevancia de lo que exportábamos. El petróleo no transformó el carácter subordinado de nuestra economía, perteneciente a un país periférico respecto de los grandes centros capitalistas. Lo que se modificó fue el dinamismo de dicha subordinación, por la importancia del petróleo como principal fuente de energía en todo el mundo.

A partir de 1920, Venezuela se convirtió en uno de los centros receptores fundamentales de las inversiones de capital provenientes de los grandes centros imperialistas. Esta situación reforzó, profundizó y extendió los términos de dependencia en que se hallaba nuestra economía. Particularmente, nuestro país pasó a formar parte del “patio trasero” del imperialismo norteamericano, quien hasta el presente continúa jugando un papel decisivo en las relaciones de poder de nuestra sociedad.

La cultura norteamericana se convirtió en el siglo XX en el paradigma de gruesos sectores de la población venezolana, sin que los distintos gobiernos hayan hecho mayores esfuerzos para revertir esa situación. De esta forma, en la moderna sociedad venezolana, la identidad nacional coexiste con mentalidades que valoran negativamente nuestra cultura (10) y admiran a la sociedad norteamericana. Las expresiones concretas de esa admiración van desde los nombres propios que los padres les colocan a sus hijos (Jonathan, Jackeline, etcétera), hasta los gustos musicales, las modas y las “grandes” aspiraciones individuales de cada quien (viajar a Miami, trabajar en USA, etcétera).

Como plantean algunos autores, en lo cultural también se manifiesta la dependencia. Es decir, la dependencia económica y política que arrastramos desde la Colonia tiene su expresión en la mentalidad de los venezolanos. Fernando Cardoso considera que:

la situación de subdesarrollo nacional supone un modo de ser que a la vez depende de vinculaciones de subordinación al exterior y de reorientación al comportamiento social, político y eco-

nómico en función de ‘intereses nacionales’ (...) esto caracteriza a las sociedades subdesarrolladas no sólo desde el punto de vista económico, sino también desde la perspectiva del comportamiento y la estructuración de los grupos sociales (1982:90).

Por su parte, Maritza Montero plantea que

la dependencia no es solamente un fenómeno económico y social, sino que además, y por ello mismo, es también un fenómeno psicosocial que afecta al individuo (...) al igual que hay economías dependientes, existe también, por consecuencia, una actitud dependiente que, al mismo tiempo que su producto, suministra los elementos que la mantienen (1991:10).

Se puede decir entonces que el desarrollo cultural venezolano en el siglo XX estuvo signado por el mantenimiento de una subordinación hacia paradigmas foráneos. Esto va íntimamente ligado a la subordinación política e ideológica de nuestras élites al capitalismo multinacional y las grandes potencias industrializadas, encabezadas por los Estados Unidos (Vilda, 1984:15). En el proceso de industrialización vivido en Venezuela durante el siglo XX, tanto en su fase de crecimiento simple como en la fase de crecimiento secundario, las élites gobernantes se mantuvieron atadas a los intereses del capital extranjero, impidiendo que emergiera una economía independiente que lanzara al país por la senda del desarrollo (Purroy, 1986:49).

No obstante, en la Venezuela de las últimas décadas hemos visto la revitalización de legados culturales que permanecían aislados, como ha sucedido con la música y otros valores culturales afrovenezolanos de diversas comunidades, como las ubicadas en Barlovento y el Sur del Lago de Maracaibo. Igualmente, la cultura de las etnias indígenas que aún sobreviven en el país se ha colocado en primera plana en tiempos recientes; incluso esos grupos étnicos llegaron a tener representación en la Asamblea Nacional Constituyente de 1999 y la tienen en la actual Asamblea Nacional. La Constitución nacional de 1999 reconoce el carácter multiétnico y pluricultural de la sociedad venezolana y establece que los idiomas indígenas son de uso oficial para sus respectivas etnias, por lo cual deben ser protegidos como patrimonio cultural de la nación.

De esta forma, el desarrollo de la identidad venezolana se ha fortalecido al reasumir aportes culturales que la sociedad tradicional se negaba a reconocer o que, en todo caso, los aceptaba como elementos “negativos”

de nuestra cultura (11). Actualmente se avanza al punto de poner las cosas en su sitio, dejando claro las diferencias culturales que nos separan de las sociedades europeas y, en general, del llamado mundo occidental. La noción tradicional que entendía la cultura como el desarrollo de las “bellas artes” ha sido ampliamente superada, y hoy se valoran las diferentes expresiones nacionales, regionales y locales que configuran las diversas formas de identidad que caracterizan a nuestra sociedad.

El venezolano de hoy se identifica en la gaita zuliana, en el joropo llanero, en la música latina propia de las urbes caribeñas, en el liquilique de una sociedad agraria que ya no domina, en los tambores afros de Bobures y Barlovento, en el culto a María Lionza y al Negro Felipe, en la arepa, el casabe y el pabellón criollo, en las ferias patronales de los distintos pueblos y ciudades del país, en nuestro igualitarismo social y el espíritu de solidaridad con los necesitados, en el orgullo de tener el legado de nuestros libertadores... Pero también se desarrollan aquí expresiones latinoamericanas, tales como la música mexicana y colombiana (rancheras y vallenatos), el bolero, la salsa y el merengue, además de manifestaciones religiosas de origen africano que se han fortalecido en el Caribe. Nuestra cultura nos recuerda constantemente que los lazos con los pueblos hermanos de América Latina son tan profundos que permiten hablar de una “etnicidad latinoamericana”, de una identidad cultural que va mas allá de las fronteras entre nuestros países.

Por otra parte, debemos establecer que el cambio social generado por el desarrollo petrolero permitió, en sentido positivo, que se ampliaran los derechos políticos y sociales a través de la democracia burguesa, que se impuso luego de un período de transición y del proceso general de modernización capitalista, que incluía la ampliación y masificación del sistema educativo. De igual manera, se abrió para la mujer la posibilidad real de superar el secundario papel al que estaba relegada en la sociedad rural tradicional, al tener acceso a los estudios y al trabajo y alcanzar la igualdad jurídica con el hombre.

La democracia política permitió la difusión masiva de corrientes ideológicas que hasta ese momento eran del consumo exclusivo de muy reducidas élites intelectuales, como el marxismo, la socialdemocracia y el socialcristianismo. En el campo educativo el crecimiento de la educación secundaria, normal y universitaria fue impresionante. Las universidades y el movimiento estudiantil que desde ellas actúa se convirtieron en factor fundamental de los acontecimientos políticos a partir de 1928 y hasta las últimas

décadas del siglo. Por su parte, el desarrollo de la investigación científica permitió el surgimiento de una historiografía más sólida en sus argumentos teóricos y documentales y se superó la visión histórica tradicional que restringía nuestro pasado a una sucesión de héroes y batallas. El problema está en que la difusión de estas nuevas perspectivas históricas no ha trascendido mayormente de los círculos intelectuales universitarios.

En general, el petróleo creó una nueva sociedad (12), urbana, industrial, con nuevas clases sociales, como los obreros y la clase media profesional, y relegó al campesinado y a los terratenientes como grupos determinantes del proceso histórico venezolano. La relación población rural / población urbana pasa de un 71/29%, en 1936, a un 16/84% en 1990 (Ocei, 1994:20). En este proceso surge y se consolida a partir de 1958 un bloque social hegemónico integrado por la cúpula de los principales partidos políticos (AD y Copei), el alto mando militar, la alta jerarquía eclesiástica, el gremio de los grandes empresarios criollos (Fedecámaras) y los dirigentes de la CTV. Este bloque dominante actúa en general como representante del capitalismo multinacional y de la alta burguesía criolla. Hoy podemos decir que dicho bloque hegemónico ya es cosa del pasado, y las aplastantes derrotas electorales sufridas por ellos entre 1998 y 2006 significan que una nueva relación entre las clases se está formando en el país.

El proceso de modernización no ha respondido a planes coherentes previamente establecidos, sino que ha sido producto de las necesidades parciales de los inversionistas foráneos y de la improvisación general que caracterizó a los gobiernos, fueran estos democracias o dictaduras. Esta improvisación pareciera ser una fatalidad de nuestro proceso histórico. Como dijo Rómulo Gallegos, somos un pueblo que marcha borrando sus pasos (1949:77). Nuestra tradición consiste en romper con la tradición, sin saber a dónde vamos (Vethencourt, 1981:C-22). “Al paso que vamos nos llegarán a estorbar las mismas cenizas de Bolívar” (Briceño Iragorry, 1980:606). En realidad, el origen de la improvisación está en la subordinación de nuestras élites ante los poderes extranjeros, que son quienes han tomado siempre las decisiones fundamentales en cuanto a nuestro desarrollo económico, político y cultural. Las reflexiones de José Luis Alvarenga son bastante explicativas en cuanto a la pérdida de la memoria histórica que los venezolanos manifestamos al ejecutar la modernización del país:

Entre nosotros hay ausencia de conciencia histórica, de memoria del país nacional. Un sector importante de la población no sabe quién es su padre, sólo conoce a la madre. El conocimiento de la segunda generación, la de los abuelos, escasea, y hacia atrás el recuerdo no existe. Cuando se compara con la conciencia histórica individual, a nivel popular en los países desarrollados, el saldo es diferente. El europeo construye su árbol genealógico hasta donde puede, en todo caso hay interés porque es un valor el antepasado. Este hecho determina el orgullo nacional de conocer la historia del país y del pueblo donde ha nacido. Hay vocación espontánea de tradición oral y escrita (Alvarenga, 1982:4-1).

Esa vocación histórica de otros pueblos no la tenemos en Venezuela. La ignorancia sobre nuestro pasado se extiende incluso a sectores universitarios. En todo esto ha influido la débil labor que desde el Estado se realiza en el sistema educativo formal y en los medios de información masivos. No hay ni siquiera una tradición lectora en nuestro pueblo, lo que se ha agudizado en tiempos recientes con la crisis económica, pues el precio de los libros solo puede ser pagado por sectores de clase media en adelante. En muchos casos, las telenovelas y las miniserias gringas son las que moldean el patrón cultural de nuestra juventud. La cultura de las computadoras personales ha introducido otro elemento que atenta contra nuestra identidad, pues aquellas se basan en el inglés como idioma, además de que los paquetes de “enciclopedias” y el Internet difunden mayoritariamente elementos propios de la cultura de los grandes países industrializados. Aunque se debe reconocer que estos adelantos, bien utilizados, pueden favorecer nuestro desarrollo cultural.

La cultura venezolana actual espera por las reflexiones globalizadas acerca de nuestro legado histórico, para nutrir las decisiones y consensos sobre los programas de acción hacia el futuro (Vilda, 1984:36). La identidad que establece un pueblo con su herencia cultural e histórica puede convertirse en un arma de lucha contra los intentos de homogeneización y penetración cultural foránea (Vargas y Sanoja, 1991:22). La construcción de esa identidad solo es posible en la medida en que la propia clase dominada la promueve y ejecuta como clase revolucionaria, como sujeto histórico impulsor de cambios sociales que se plantea reestructurar la “desestructuración” cultural que hemos padecido desde la época colonial. Los cambios sociopolíticos que han comenzado a ejecutarse en el país abren una posibilidad para llevar a cabo este objetivo. Nuestra identidad

puede fortalecerse si la nueva alianza de grupos sociales dirigentes que se está formando con un carácter popular y no oligárquico, se lo propone.

6. LA IDENTIDAD LATINOAMERICANA

El sueño de una América Latina liberada y unida tiene una larga data. Francisco de Miranda fue el primero en proponérselo. Simón Bolívar llevó a cabo un vasto proceso independentista y unificador que lamentablemente no se consolidó en los términos que él esperaba. José Martí retomó de nuevo la idea bolivariana de *nuestra América*, de la América de habla hispana, de la *América mestiza* de raíces indias, europeas y africanas, sueño de unidad truncado por la muerte del poeta revolucionario. En épocas más recientes, Ernesto *Che* Guevara se constituyó en el principal representante del proyecto liberador-unificador formulado hace más de 200 años. Para todos ellos la patria era la América de origen latino, enfrentada a la América anglosajona, que desde sus inicios republicanos se planteó como una amenaza vital a nuestro desarrollo independiente.

En estos tiempos de globalización, de neoliberalismo, de capitalismo salvaje, de homogeneización cultural bajo predominio de Occidente, *la construcción de nuestra identidad latinoamericana es una necesidad para la supervivencia de nuestros pueblos y culturas*, para la aceptación, comprensión y reconocimiento de nuestra especificidad mestiza, de nuestra etnicidad propia y diferenciada.

La idea de construir y fortalecer una identidad latinoamericana que se enfrente al proceso de globalización mundial, se fundamenta en los elementos socio-culturales comunes presentes en los diversos países americanos de habla castellana (se incluye Brasil), elementos ya resaltados con anterioridad por multitud de teóricos y dirigentes de nuestros países. En 1815 Bolívar planteó en la Carta de Jamaica la idea de la integración latinoamericana:

Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república (...). Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguien-

te, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse... (Bolívar, 1982:67-71).

Esta integración era posible por la etnicidad común que poseían nuestras naciones (13), y era necesaria para fortalecernos y enfrentar en mejores condiciones a las grandes potencias europeas y a los Estados Unidos, idea integracionista que ya había sido formulada antes por Francisco de Miranda, quien propuso la creación de una gran nación latinoamericana que se llamaría Incanato. Miranda proponía la constitución de “un gran Estado que tuviese por límite septentrional una línea tirada desde la desembocadura del Mississippi hasta sus cabeceras y de aquí por 45° de latitud, al Océano Pacífico; y por límite meridional al Cabo de Hornos” (León, 1979:84).

José Martí, seguidor fiel de las ideas bolivarianas, utilizó ya la expresión “nuestra América mestiza” (1979:523) para referirse a los países hispanoamericanos, en el entendido de que formábamos pueblos de culturas comunes y que debíamos afrontar en común nuestro destino histórico. Martí trasciende en cierta forma a Miranda y Bolívar, porque su mensaje liberador va explícitamente ligado a la suerte de los oprimidos, de los trabajadores: “Con los oprimidos hay que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores (...). En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro los hombres nuevos americanos” (1979:523-525). Su vocación principal fue siempre el crear un camino propio para la liberación y el desarrollo de los pueblos latinoamericanos:

Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! (1979:525).

El Che Guevara recuperará en su momento la perspectiva latinoamericanista de sus antecesores:

En este continente se habla prácticamente una lengua, salvo el caso excepcional del Brasil, con cuyo pueblo los de habla hispana pueden entenderse, dada la similitud entre ambos idiomas. Hay una identidad tan grande entre las clases de estos países que logran una identificación de tipo ‘internacional

americano', mucho más completa que en otros continentes. Lengua, costumbres, religión, amo común, los unen. El grado y las formas de explotación son similares en sus efectos para explotadores y explotados de una buena parte de los países de nuestra América. Y la rebelión está madurando aceleradamente en ella (...). Dadas sus características similares, la lucha en América adquirirá, en su momento, dimensiones continentales (1968:646) (14).

Y es que para todos ellos, Miranda, Bolívar, Martí y *el Che*, la unidad cultural latinoamericana era importante en la medida en que sirviera para impulsar una lucha común por la libertad de todos los pueblos al sur del río Grande.

Reconociendo que en América Latina existen subáreas culturales, como el Caribe, los Llanos, los Andes, etcétera, con una especificidad cultural cada una de ellas, creemos, sin embargo, que los elementos mencionados constituyen el punto de partida para construir una identidad cultural latinoamericana (Mato, 1992:56), que defienda nuestra esencia como sociedad y promueva un desarrollo autónomo en lo económico, político y social. Esto no implica la negación de lo que existe como legado cultural de nuestra historia; esa construcción debe fundamentarse precisamente en los elementos étnicos comunes surgidos del mestizaje.

Los procesos de integración económica que se promueven hoy en día en América Latina, como el Alba, el Mercosur, y la Unasur, favorecen significativamente el desarrollo de una identidad cultural común, pues no habrá integración sin cambio cultural (Escobar Sepúlveda, 1993:62), y es un paso de avance hacia el logro de la idea bolivariana de integrar a la América Latina en una sola nación.

Cuando hoy en Venezuela se está abriendo un proceso de cambios que se dice inspirado en las ideas bolivarianas, cobra importancia reivindicar la unidad cultural de América Latina, promover su integración en todos los órdenes y, a la vez, luchar por erradicar toda forma de opresión a los seres humanos y entre uno y otro país. El legado de Bolívar ha resucitado para recordarnos que aún sigue vigente.

7. EL MITO DE LA GLOBALIZACIÓN

La reivindicación de *nuestra América mestiza* se enfrenta a los intentos por penetrar nuestra cultura y destruir nuestra identidad como

pueblos, lo cual se realiza en nombre de la globalización mundial. Esta globalización se expresa en el dominio económico, político, militar y socio-cultural que las grandes potencias, encabezadas por los Estados Unidos, ejercen sobre el resto de países del mundo.

Como dice Luciano Pellicani:

La civilización occidental ha asediado literalmente a las otras civilizaciones y las ha colocado frente a un desafío de enormes proporciones cuyo contenido puede resumirse así: encontrar una respuesta adecuada o bien transformarse en colonias culturales del centro capitalista (1992:108).

Desde hace algunos años, los factores de poder mundial vienen invocando el proceso de globalización o interdependencia entre las economías de los diversos países como la causa que justifica toda una serie de medidas económicas, políticas, sociales y culturales que se deben aplicar en todas partes como única alternativa de supervivencia ante la nueva realidad de la “aldea global”. Visto de esta manera, la globalización es percibida casi como un fenómeno natural, un cataclismo ante el cual no es posible sustraerse, que representa la nueva etapa a la que ha llegado el mundo capitalista, hegemónico en forma absoluta luego del ocaso de la Guerra Fría. Como lo plantea Fornet-Betancourt:

La globalización implica una ideología o, si se prefiere, una filosofía de la historia que consistiría en suponer que la historia de la humanidad no tiene más que un futuro: el futuro previsto y programado por el neoliberalismo. O sea que la historia, como esfuerzo constante por buscar alternativas diferenciadas que hagan justicia a las diferencias culturales y a la diversidad compleja de mundos de vida irreductibles, habría terminado, pues no habría ya más alternativa que la realidad misma que configura el proyecto civilizatorio del neoliberalismo (1999:D-4).

La nueva realidad internacional conformada a comienzos de la década de los noventa, con el derrumbe del bloque socialista soviético, implicó un nuevo mundo unipolar, hegemonizado exclusivamente por Occidente, con los Estados Unidos a la cabeza del poder imperialista mundial. En este nuevo orden internacional, la globalización se profundizó en todos los sentidos, y particularmente, se ha hecho énfasis en la pretendida superioridad cultural del mundo occidental. De igual manera,

en lo económico se ha consolidado el modelo neoliberal dominado por el capital financiero multinacional, y en lo político, la democracia liberal representativa se le presenta a la humanidad como la más elevada forma de organizar la conducción de nuestras sociedades. El expansionismo de la civilización occidental intenta demoler cualquier intento distinto de organización social que la cuestione:

Lo que se ha hecho más evidente de este fenómeno del expansionismo civilizatorio es, primero, la sacralización que han conquistado los principios e instrumentos ideológicos que imperan en el mundo occidental, y segundo, la condena absoluta a todo lo que implique la consecución de un espacio en las relaciones humanas donde impere la norma del diálogo directo y el sentido de comunidad, donde la solidaridad y el respeto a la diversidad sean componentes fundamentales de las relaciones entre los hombres (Cuadernos para el Debate, 1991:10).

El intento globalizador por unificar culturalmente al mundo entero bajo los principios del “american way of life”, amparándose en los adelantos en las comunicaciones posibilitados por la reciente revolución científico-técnica, no es nuevo en términos históricos. Ya desde el siglo XV los europeos occidentales colonizaron al resto de continentes con el objetivo de imponer su modo de vida a todos los pueblos “infieles”, a los cuales se les negó el derecho a seguir practicando sus religiones, idiomas y costumbres. Por ello, América, pese a tener miles de años de civilización propia, habla en idiomas europeos (español e inglés principalmente) y reza al dios cristiano.

8. EL NECESARIO CAMBIO SOCIAL EN LATINOAMÉRICA

La construcción de una identidad común se identifica con la realidad de los oprimidos latinoamericanos. Las élites criollas han mantenido a lo largo de nuestra historia una relación de subordinación con el capital foráneo y las potencias industrializadas, y son corresponsables del subdesarrollo de nuestros países y de los lazos de dependencia que en todos los aspectos se han ido creando con Europa, los Estados Unidos y últimamente con el Japón. Siendo la burguesía criolla la principal promotora en nuestros países del proceso de globalización en todos los órdenes, mal

podría esperarse de ella que asumiera como propio el proyecto de fortalecer nuestra identidad.

Nuestra América mestiza encierra en sí misma un gran potencial integracionista y comunitario. El proceso de mestizaje realizado entre los indígenas, europeos (españoles y portugueses) y los esclavos africanos, generó una sociedad con escasos odios y rivalidades étnicas, en la cual se produjo una gran mezcla racial y cultural que nos otorga particularidades propias. Como dijo Martí: “No hay odio de razas, porque no hay razas” (1979:526). Los milenios recorridos por las grandes civilizaciones americanas, y la propia especificidad cultural surgida del mestizaje, nos adjudican un perfil propio, distinto del llamado mundo occidental y cristiano.

Como lo plantea el padre Pedro Trigo,

Hoy en América Latina una parte de la población criolla lucha por asumir estos elementos culturales comunes desde el espacio-tiempo latinoamericano, es decir, desde su cuerpo social internamente diferenciado y su historia, con pretensiones, potencialidades y contradicciones no resueltas. Estos, en definitiva, propugnan un Proyecto Mestizo (1990:160).

El *proyecto mestizo* debe involucrarse en el conflicto social latinoamericano, en la búsqueda de cambios sociopolíticos que desplacen a las actuales élites gobernantes y permitan transformaciones profundas a todos los niveles de la sociedad. Para *el Che* Guevara, al igual que lo fue para Bolívar y Martí, el enemigo de los pueblos latinoamericanos, causante principal de sus desgracias, era Estados Unidos. El objetivo era la liberación de nuestros pueblos para salir de la dependencia y alcanzar la autodeterminación. El espíritu de igualdad social que subyace en el mestizaje latinoamericano y que en el pasado fue inspirador de las luchas independentistas y generador de significativos cambios en lo socio-cultural, debe servir de apoyo ideológico a la nueva sociedad latinoamericana. Partiendo desde la base, *nuestra América mestiza* es un embrión que debe crecer en la lucha diaria de las comunidades populares.

El Che Guevara en cierto sentido se refirió al proceso de formación ideológica necesario para promover los cambios materiales en nuestras sociedades: “(...) para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo” (15). Guevara consideraba fundamental la formación de los hombres concretos que construirían

una nueva sociedad; para él los dos pilares de esa construcción eran “la formación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica” (1968:634). El cambio social no era exclusivamente el resultado de la aplicación de un programa de cambios económicos, políticos y sociales; era resultado también de un proceso de cambio cultural: “Las masas hacen la historia como el conjunto consciente de individuos que luchan por una misma causa” (ib.:633).

La educación ideológica le permitiría asimilar a los protagonistas del proceso la importancia de su participación colectiva en las transformaciones planteadas. De esa forma, el hombre se reapropiaría de su naturaleza al liberarse del trabajo asalariado y de la enajenación cultural, y se reencontraría así con su condición humana (ib.:635).

El cambio social latinoamericano implica entonces fortalecer nuestra identidad como pueblos en momentos en que la globalización hace todos los esfuerzos por destruirla. Es una lucha planteada: avanzar en esa dirección para cumplir lo que planteaba *el Che*: “La revolución se hace a través del hombre, pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario”. Forjando día a día la identidad de *nuestra América mestiza* lograremos las bases necesarias para la unidad popular continental en procura de nuestra definitiva liberación.

Hoy en Venezuela se ha producido un significativo desplazamiento de la clase política dominante, y el capital multinacional que domina el mundo globalizado encuentra trabas para expresar sus intereses en las políticas gubernamentales. El momento es propicio para impulsar una política defensora de los intereses nacionales tanto en lo económico como en lo cultural. Hemos dado un paso adelante, y lo planteado es fortalecer un proyecto de cambio social hacia toda la América Latina, rescatando la perspectiva integracionista de nuestros libertadores. Profundizar nuestra identidad implica tareas de investigación sobre nuestros valores culturales, de difusión de dichos valores por medio del sistema educativo y de los medios informativos, y de organización popular para que esta sea el principal guardián de los logros que hay que conquistar. Si seguimos este camino, la fortaleza de la identidad será la herramienta que nos permitirá avanzar hacia el crecimiento económico y la autodeterminación política, lejos de la tutela avasallante del capitalismo globalizado.

CONCLUSIONES

El desarrollo socioeconómico de las naciones se relaciona directamente con la identidad que los pueblos de dichas naciones construyen como mecanismo inspirador de un proyecto de crecimiento republicano. Sin una sólida identidad nacional no puede avanzarse en el crecimiento económico y social de un país, como tampoco pueden fortalecerse el ámbito político y los valores culturales.

Esta primera década del siglo XXI encuentra al pueblo venezolano empeñado en caminar la senda de la transformación política y social, promoviendo escenarios de integración latinoamericana y desplazando del poder a las élites tradicionales, camino que solo podrá recorrerse completo si al mismo tiempo se promueve el fortalecimiento de la identidad nacional.

Esta identidad nacional debe considerar sus vínculos históricos con el resto de culturas latinoamericanas, debe ver más allá del estrecho ámbito de los límites nacionales y avanzar en el camino de construirse como identidad subcontinental, de toda la América Latina.

En un contexto de cambio generalizado en toda la América Latina, el crecimiento de una identidad propia y específica de nuestros pueblos puede acompañar y fortalecer los procesos de integración, como el Mercosur, el Alba y la Unasur, sentando las bases socioculturales imprescindibles para que tomemos el camino del crecimiento económico y del bienestar social, instaurando sistemas políticos revolucionarios y populares que defiendan efectivamente nuestros intereses ante el mundo globalizado y los poderes imperiales.

Notas

1. Citado por García Gaviria, Nelly. 1996. "Consideraciones generales sobre los códigos utilizados en la invención, re-creación y negociación de la identidad nacional". **Opción**, N° 20. Departamento de Ciencias Humanas, Facultad Experimental de Ciencias, Universidad del Zulia, Maracaibo (Venezuela).
2. Nos referimos al término nación en su acepción jurídica, como Estado-Nación. Es decir, estamos hablando de los estados nacionales que se constituyeron como tales luego de la independencia hispanoamericana. Por otra parte, en su acepción cultural, el concepto de na-

ción en Latinoamérica es objeto de amplio debate, pues cada grupo étnico indígena, por ejemplo, pudiera ser considerado como una nación. En el plano del análisis cultural, entendemos que los estados nacionales, en la mayoría de los casos, si no en todos, albergan diversas nacionalidades, aunque una de ellas sea la predominante culturalmente. Para poner ejemplos: el Estado español, que alberga otras nacionalidades, como la gallega, la vasca, la catalana; y cualquiera de los estados latinoamericanos, particularmente los que cuentan con importante población indígena, como los países andinos, en los cuales predomina una cultura criolla de fuertes influencias europeas, a pesar de que la gran mayoría de la población posee características culturales propias y diferenciadas, como parte integrante de distintas etnias indígenas. Eric Hobsbawm se hace la pregunta: ¿qué es una nación? Y responde diciendo que no es posible descubrir ningún criterio satisfactorio que permita decidir cuál de las numerosas colectividades humanas debería etiquetarse de esta manera (2000:13).

3. El imperio español actuó como el gran unificador cultural de Hispanoamérica al propiciar una cultura mestiza que vinculaba los elementos étnicos provenientes de los africanos esclavizados y de las sociedades indígenas a la cultura española propiamente dicha. Quinientos años de mestizaje permiten hablar hoy de una etnicidad latinoamericana, diferenciada de las raíces culturales que le dieron origen.
4. “La fuerza del movimiento social levantado por Boves echó las bases del igualitarismo social propio de nuestro país, pues los blancos criollos nunca recuperaron totalmente el control de la sociedad venezolana, como lo habían tenido durante el período colonial” (López, 2004:135).
5. Las cuatro primeras décadas del siglo XX también fueron hegemónicas por caudillos surgidos de guerras civiles: Castro, Gómez y López Contreras habían dirigido el levantamiento andino de 1899.
6. Como plantea Armando Córdova, “la unidad dialéctica entre la acumulación de capitales en el centro y la desacumulación y subdesarrollo en la periferia” (1975:28).
7. El déficit fiscal de los países en desarrollo comenzó a ser financiado con créditos externos. Se fue generando la llamada “cadena de la felicidad”: se acumula el déficit, crece el endeudamiento; los intereses aumentan el déficit inicial, se requieren más préstamos; el atraso

cambiario deteriora la balanza comercial, se agrava el déficit primitivo; surgen temores, desconfianza, fuga de capitales, más endeudamiento. Finalmente, la cadena explota y los pueblos pagan las consecuencias (Castellanos, 1993:108).

8. En julio de 2004, en Santiago de Compostela, tuvimos la oportunidad de intercambiar ideas personalmente con André Gunder Frank, otro de los principales teóricos de la dependencia y quien falleció al año siguiente. Él refrendaba lo fundamental de su obra teórica, particularmente la explicación sobre el origen y el desarrollo de la dependencia latinoamericana. Para él, la Teoría de la Dependencia no había sido refutada, a menos que se entendiera por ello el aplastamiento fascista que el imperialismo ejecutó contra experimentos que, como el gobierno socialista de Salvador Allende, intentaban sacar a los países latinoamericanos del subdesarrollo (Frank, 1988:74).
9. “A diferencia de Europa, de Norteamérica y de otros países latinoamericanos, en Venezuela el Estado surgido en el siglo XX no orientó ni la política educativa ni la cultural hacia la formación de una conciencia nacional claramente definida” (Vargas y Sanoja, 1991:14).
10. Maritza Montero habla de la “preocupante presencia de una identidad que permite a los individuos reconocerse socialmente como miembros de un grupo nacional, pero de una manera negativa” (1991:76).
11. Autores reconocidos, como Mario Briceño Iragorry y Arturo Uslar Pietri, defendieron la tesis de que los elementos culturales provenientes de los indígenas y de los africanos han sido un aporte negativo para el desarrollo de nuestra sociedad. Uslar, por ejemplo, nos considera como un apéndice cultural de Europa: “Esos valores que determinan nuestra vida y nuestra historia actual no son reconocibles sino a través de la historia de España y de su civilización y de la historia de América y del destino de la civilización hispánica en ella” (1985:124). Briceño, por su parte, expuso: “... si doy mayor estimación a la parte hispánica de mis ancestros que al torrente sanguíneo que me viene de los indios colonizados y de los negros esclavizados, ello obedece a que, además de ser aquella de importancia superior en el volumen, tiene como propulsora de cultura, la categoría histórica de que los otros carecen” (1980:31).

12. "La cultura venezolana hoy es en gran parte la cultura del petróleo... la torre petrolera debiera figurar en el escudo nacional". "Lo malo no fue el petróleo sino que se nos convirtiera en opio y desencadenara aspiraciones de bienestar sin la contrapartida del esfuerzo de la producción correspondiente y de la búsqueda de tecnologías propias, y se nos hiciera soñar una vida facilona, de consumo atorrante e imitación servil" (Vilda, 1984:13).
13. Bolívar reconocía el carácter mestizo de la sociedad hispanoamericana al decir: "... por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos..." (1982:62). Héctor Díaz Polanco considera que la comunidad de los elementos socio-culturales viene determinada por la lengua, la religión, el proceso histórico, los sistemas de organización social, las pautas de conducta, las costumbres y las tradiciones (1985:41).
14. La cita es extraída de su *Mensaje a la tricontinental*, uno de sus últimos documentos, en mayo de 1967.
15. "El socialismo y el hombre en Cuba", en *Obra revolucionaria*, p. 631.

Referencias documentales

- ALVARENGA, J.L. 1982. "La política cultural", en diario **El Universal** (5/9/1982). Caracas (Venezuela). Citado por Vilda.
- BOLIVAR, S. 1982. **Simón Bolívar. La vigencia de su pensamiento**. Casa de Las Américas, La Habana (Cuba).
- BRICEÑO IRAGORRY, M. 1980. **Mensaje sin destino**. Monte Ávila Editores, Caracas (Venezuela).
- CASTELLANOS, D.L. 1996. "Notas sobre integración regional y neoliberalismo". **Cuadernos Latinoamericanos**, N° 13. Ceela, Universidad del Zulia, Maracaibo (Venezuela).
- CARDOSO, F.E. 1982. **Problemas del subdesarrollo latinoamericano**. Editorial Nuestro Tiempo, México (México).
- CÓRDOVA, A. 1979. **Inversiones extranjeras y subdesarrollo**. Universidad Central de Venezuela, Caracas (Venezuela).
- CUADERNOS PARA EL DEBATE. 1991. **Las nuevas máscaras del expansionismo civilizatorio**. Ediciones Primera Línea, Caracas (Venezuela).
- DÍAZ POLANCO, H. 1985. **La cuestión étnico-nacional**. Editorial Línea, Ciudad de México (México).

- DOS SANTOS, T. 1993. "Globalización financiera y estrategias de desarrollo". Revista **Nueva Sociedad**, N° 126. Caracas (Venezuela).
- ESCOBAR SEPÚLVEDA, S. 1993. "La política de la integración". Revista **Nueva Sociedad**, N° 126. Caracas (Venezuela).
- FORNET-BETANCOURT, R. 1999. "Tesis para la comprensión y práctica de la interculturalidad como alternativa a la globalización", en diario **La Verdad** (18/4/1999). Maracaibo (Venezuela).
- GALLEGOS, R. 1949. **Reinaldo Solar**. Editorial Lea, La Habana (Cuba). Obras completas. Citado por Vilda.
- GARCIA GAVIDIA, N. 1996. "Consideraciones generales sobre los códigos utilizados en la invención, re-creación y negociación de la identidad nacional". Revista **Opción**, N° 20. Departamento de Ciencias Humanas, Facultad Experimental de Ciencias, Universidad del Zulia, Maracaibo (Venezuela).
- GUEVARA, E. 1968. **Obra revolucionaria**. Ediciones Era, México D.F. (México).
- GUNDER FRANK, A. 1988. **El desafío de la crisis**. Editorial Nueva Sociedad, Caracas (Venezuela).
- HOBSBAWM, E. 2000. **Naciones y nacionalismo desde 1780**. Editorial Crítica, Barcelona (España).
- KLOR DE ALVA, J. 1992. "La investigación de los orígenes étnicos y la negociación de la identidad latina", en Gutiérrez Estévez, M. (edit.). **De palabra y obra en el Nuevo Mundo. 2. Encuentros Interétnicos**. Siglo XXI, Madrid (España).
- LEÓN de LABARCA, A. 1979. **Miranda, Bolívar y la integración latinoamericana**. Universidad del Zulia, Maracaibo (Venezuela).
- LÓPEZ SÁNCHEZ, R. 2004. "Raíces históricas del proceso de cambios en Venezuela". **Revista Minius**. Departamento de Historia, Arte e Xeografía, Universidade de Vigo, Ourense (España).
- MARINI, R.M. 1973. **Dialéctica de la dependencia**. Serie Popular Era, México (México).
- MARTI, J. 1979. **Nuestra América**. Centro de Estudios Martianos, Editora Política, La Habana (Cuba). Obras escogidas en tres tomos. Tomo II.
- MATO, D. 1993. **Diversidad cultural y construcción de identidades**. Fondo Editorial Tropykos, Caracas (Venezuela).
- MONTERO, M. 1991. **Ideología, alienación e identidad nacional**. Universidad Central de Venezuela, Caracas (Venezuela).

- OFICINA CENTRAL DE ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA (Ocei). 1994. **Boletín Estadístico**.
- PELLICANI, L. 1992. "La guerra cultural entre Oriente y Occidente". Revista **Nueva Sociedad**, N° 119. Caracas (Venezuela).
- PURROY, M.I. 1986. **Estado e industrialización en Venezuela**. Vadell Hermanos, Valencia (Venezuela).
- TRIGO, P. 1990. ¿Existe América Latina? Revista **SIC**, N° 529. Caracas (Venezuela).
- USLAR PIETRI, A. 1985. **De una a otra Venezuela**. Monte Ávila Editores, Caracas (Venezuela).
- VARGAS, I. y SANOJA, M. 1991. **Historia, identidad y poder**. Editorial Trópykos, Caracas (Venezuela).
- VETHENCOURT, J.L. 1981. En diario **El Nacional** (22/2/1981). Caracas (Venezuela).
- VILDA, C. 1984. **Proceso de la cultura en Venezuela III (1935-1985)**. Curso de formación sociopolítica, N° 31, Centro Gumilla, Caracas (Venezuela).